

9 de junio de 2026
Santa Juana de Arco
“La mayor victoria de Juana”

¿Qué había sucedido con la heroica Juana de Arco, que se había mantenido firme en tantas pruebas y nunca había dudado de su misión?

Pensemos, en este contexto, en san Pedro: ¿acaso no le había demostrado una y otra vez su amor a Jesús? ¿No lo había dejado todo para seguirlo (Mt 19,27)? ¿No había asegurado que estaba dispuesto a morir por Él (Mt 26,35)? Pero, ¿qué sucedió? Ya lo sabemos: en el momento del peligro, negó tres veces al Señor y luego lloró amargamente (Lc 22,55-62).

¿Y qué pasó con Juana de Arco tras su retractación?

El obispo Cauchon acudió a su prisión unos días después, acompañado de otros preladados. Le preguntó si, desde el jueves, el día en que se había retractado, había vuelto a oír las voces de sus santas. Juana respondió afirmativamente y exclamó:

«Dios me ha mostrado, a través de santa Catalina y santa Margarita, el gran pesar de mi traición, en la que he incurrido al retractarme. Desde el jueves, mis voces me habían predicho lo que iba a hacer y lo hice ese mismo día. Mientras estaba en el andamio, me decían que respondiera intrépidamente al predicador. Pero yo considero falso a este predicador, pues me ha acusado de cosas que no he cometido. Si dijera que Dios no me ha enviado, me condenaría a mí misma. La verdad es que Dios me ha enviado. Desde el jueves, mis voces me han dicho que había cometido un gran error al confesar que no actué correctamente. Fue el miedo al fuego lo que me llevó a decirlo».

Aquí volvemos a encontrarnos con la Juana de Arco que conocemos. Sus santas la conducen a reconocer sus actos y ella se arrepiente. Al igual que San Pedro, había renegado movida por el miedo.

El obispo quiso recordarle que, en su retractación, había confesado haber alardeado falsamente de que se le habían aparecido las santas. Sin embargo, Juana, con la ayuda de sus voces, estaba decidida a permanecer firme en su misión y respondió al obispo:

«No lo entendí así. No pretendía renegar de mis apariciones, es decir, de santa Catalina y santa Margarita. Todo lo que hice fue por miedo a la hoguera. Mi retractación fue contraria a la verdad. Prefiero cumplir mi penitencia de una vez y morir antes que seguir soportando los

sufrimientos de la prisión. Nunca he hecho nada contra Dios ni contra la fe, aunque me hayáis obligado a retractarme. No entendí nada de lo que figuraba en el acta de retractación. No tenía intención de retractarme de nada, salvo si así le complacía a Dios».

Con estas palabras, Juana había sellado su sentencia de muerte. Al día siguiente, el tribunal se reunió; el obispo Cauchon relató los hechos y pidió la opinión de los presentes. Estos la calificaron de hereje reincidente que merecía la muerte.

El 30 de mayo de 1431, en la plaza del mercado de Rouen, la autoridad eclesiástica entregó a Juana de Arco al poder civil, que se encargó de ejecutar la sentencia de muerte. La Doncella de Orléans fue quemada en la hoguera como bruja y hereje. Los ingleses habían alcanzado su objetivo y el tribunal eclesiástico de Rouen les había allanado el camino.

¿Y Juana de Arco?

Ella había conseguido su mayor victoria. Al no haber podido llevar a cabo físicamente su misión de liberar a Francia hasta el final, la consumó mediante el santo martirio. Su retractación momentánea no empaña su imagen, ya que se arrepintió y volvió a confesar la verdad ante sus acusadores, anulando así su retractación. Ahora daba testimonio de la verdad, sabiendo claramente que le esperaba el martirio de la muerte en la hoguera, algo que siempre había temido.

Hay indicios de que, durante un tiempo, quizá aún albergara la esperanza de ser liberada de la prisión. Además, entendía que el martirio que le habían anunciado sus santas estaba ligado al sufrimiento de la prisión. Sin embargo, una vez anulada su retractación, sabía perfectamente lo que le esperaba. Esto hace que su confesión de la veracidad de su misión sea aún más valiosa. La experiencia de su debilidad y confusión ante la muerte inminente la habrá mantenido humilde y la habrá llevado a aferrarse aún más a Dios. ¡Y Él acudió en su ayuda!

Los santos le habían dicho que sería liberada mediante una gran victoria. Esa victoria se le presentaba ahora y la conducía a través de las llamas.

Nos inclinamos, pues, ante una santa que fue decisiva para cambiar el destino de su amada patria, Francia, y que estuvo dispuesta a dar la vida por ello. Dios se glorificó a través de su vida y su muerte. Para la gloria de Dios y el honor de la santa, conviene presentar su misión bajo la luz adecuada, en la medida en que se nos conceda la gracia para ello. Ese ha sido mi propósito en esta serie de meditaciones. Al honrar a los santos, damos gloria a Dios, quien los hizo capaces de cumplir su misión en este mundo.

El 7 de julio de 1456, la Iglesia declaró nulo el infame proceso que había llevado a la condena de Juana de Arco. El 16 de mayo de 1920 fue canonizada por el papa Benedicto XV.

Tras la reconquista francesa de Burdeos en 1453, finalizó la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra. Es indiscutible que la intervención de Juana de Arco fue determinante para la posterior victoria de Francia. Mañana concluiremos la serie «En honor a Juana de Arco» con una reflexión final.